



Signatura 400

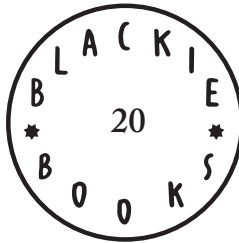


Sobre la autora

«Me gustan las berenjenas, el aceite de oliva y las mermeladas de mi madre, me horrorizan los coches, no tengo teléfono móvil, soy feminista y les tengo fobia a las puertas abiertas. Soy alérgica a los ácaros, los gatos y los sulfitos. Me gusta bañarme en el mar, los lagos y los ríos. Me parece que no se habla lo suficiente de Jacques Roubaud y de Claude Simon, y que hay demasiado ruido mediático en este mundo. No me gusta comprar un libro sin saber lo que lleva dentro.»

SOPHIE DIVRY

Signatura 400



Traducción de María Enguix Tercero

Título original: *La Cote 400*

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Setanta
www.setanta.es

© de la ilustración de cubierta: Sergio Ibáñez Narro

© de la foto de la autora: derechos reservados

© del texto: Les Éditions Les Allusifs, 2010

© de la traducción: María Enguix Tercero

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024, Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

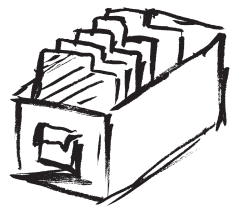
Primera edición: mayo de 2011

ISBN: 978-84-938745-4-4

Depósito legal: B-XXXX-2011

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.



*Dedico este divertimento a todas aquellas y todos aquellos
que siempre encontrarán más fácilmente un hueco en una
biblioteca que en la sociedad.*

La lectura es, junto con la amistad, uno de los recursos más eficaces para sobrellevar el dolor de la pérdida. Nos ayuda, en general, a elaborar el duelo por los límites de nuestra vida, los límites de la condición humana.

DIDIER ANZIEU

El cuerpo de la obra

Despierte, ¿qué hace ahí tumbado? La biblioteca no abre hasta dentro de dos horas, no debería estar aquí. Esto es el colmo: ahora encierran a los lectores en mi sótano. ¡Lo que no me hayan hecho en esta casa! No hace falta gritar, no es culpa mía, oiga... Pero yo le conozco, usted es uno de los habituales. Como se pasa aquí todo el santo día, alguna noche tenía que quedarse. No, no se marche, ya que está aquí, écheme una mano. Busco un libro para los de arriba, *El existencialismo es un humanismo*, esa historia de Sartre; se les ha perdido aquí abajo, búsquelo en las estanterías, gracias. ¿Cómo? ¿No me reconoce? Pues trabajo todos los días en esta sala. Por lo visto, paso totalmente inadvertida. Nadie me ve, ése es mi problema. Incluso en la calle, cuando

me empujan, me dicen «Uy, perdone, no la había visto». La mujer invisible, soy la mujer invisible, la responsable de la sección de geografía. Pues claro, ahora cae en la cuenta, naturalmente. Ah, ése es, muchas gracias, qué rápido. *El existencialismo es un humanismo* no pinta nada en mi sótano, aquí no tenemos nada que ver con la filosofía. Eso es cosa de los intelectuales de la planta baja. Voy a devolvérselo, se pondrán contentos, pues anda que no hace tiempo que lo están buscando. Ya ve lo útil que me resulta usted. De todos modos no tengo permitido abrirle la puerta, habría que llamar al servicio de seguridad y resultaría demasiado peligroso. Pues claro que es peligroso, sería lo nunca visto, algo inaudito. Nunca hay que llamar la atención en una biblioteca. Llamar la atención ya es molestar. Se va a quedar conmigo mientras preparo la sala de lectura. Todavía me quedan libros por clasificar. Ya que es usted tan eficiente, sáqueme todos los libros de geografía que los lectores han colado en la sección de historia. Venga, y no se queje:

clasificar, colocar, no molestar, ésa es toda mi vida, ya ve. Meter libros en las estanterías y sacarlos, el cuento de nunca acabar. No parece divertido, ¿eh? Pero es lo que hay. Porque, para colocar un libro, ni siquiera necesito mirar el nombre del autor. Me basta con leer los números apuntados aquí, en la etiqueta pegada en el lomo, e intercalarlos a continuación de los que tienen la misma signatura. Eso es todo. Y llevo veinticinco años en este oficio, veinticinco años con el mismo principio inmutable. Cuando me llaman arriba, al mostrador de préstamo, tampoco es como para tirar cohetes. ¿Registrar los libros que salen y entran haciendo bip-bip en el código de barras le parece creativo? ¿Sí? Bip-bip, «para el 26 de septiembre, adiós»; bip-bip, «para el 14 de mayo, gracias». Ser bibliotecario no es nada gratificante, se lo digo yo: se acerca a la condición de obrero. Yo soy una taylorizada de la cultura. Sepa usted que para ser bibliotecario hay que apreciar el concepto de clasificación y ser una persona obediente. Sin iniciativa, sin

margen para los imprevistos: aquí todo está en orden, en estricto orden. ¿Ha dormido bien esta noche, al menos? ¿No? ¿Ha pasado miedo? Pero si está muy tranquilo. A mí el orden y la tranquilidad me serenan. Soy así. Necesito inmutabilidad y precisión. No habría podido trabajar en una estación de tren: demasiado ajetreo, y me angustio solo de pensar que un tren pueda llegar tarde. Además, ya no viajo en tren, se me ha pasado la edad. En coche tampoco, es demasiado peligroso, y además no me gustan los aparcamientos; me gusta la belleza a la antigua: solo de pensar que puedan llevarme por una vía de circunvalación, me dan espasmos. No se quede ahí de pie, ahora le sirvo un café. Siempre me traigo un termo de café cuando llego pronto. Beba un poco, esto le va a reconfortar. Sé lo que le digo. Siéntese en esta silla y no me moleste más, que si no me estreso. Fíjese que hasta en las pequeñas bibliotecas de provincias como ésta se cometen errores garrafales de clasificación. Y eso me saca de mis casillas, es una muestra de su me-

diocridad. No solo dejan encerrados a los lectores distraídos en mi sótano, sino que encima se equivocan con las clasificaciones. Porque, en teoría, da igual que usted vaya a París, a Marsella, a Cahors, a Mazamet o a Dompierre sur Besbre, siempre debería encontrar el mismo libro en el mismo lugar. Por ejemplo, un clásico de la sociología: *La división del trabajo social*, de Émile Durkheim. Pues le corresponde la signatura 301. Al lado de *El suicidio*. Otro gran clásico, *El suicidio*, también de Durkheim. Ídem: signatura 301 DUR. Siempre funciona. Infalible. El tipo que inventó este sistema se llamaba Melvil Dewey. Es el padre de todos los bibliotecarios. Ya ve, un muchacho nacido en una familia pobre de Estados Unidos que a los veintiún años inventa la clasificación más famosa del mundo. Dewey es un poco como el Mendeléyev de los bibliotecarios. No ya en cuanto a la clasificación periódica de los elementos, sino respecto de la clasificación de los ámbitos de la cultura. Su genialidad fue dividir en diez temáticas principa-

les, llamadas «clases», las disciplinas del conocimiento: 000 para las obras generales, 100 para la filosofía, 200 para las religiones, 300 para las ciencias sociales, 400 las lenguas, 500 las matemáticas, 600 la tecnología, 700 las bellas artes, 800 la literatura, 900 la historia, la geografía..., y todo aquello que no se haya podido clasificar viene a parar aquí, al sótano. Sí, lo siento, siempre hago el café fuerte, es que así no me lo gorronean mis colegas. Dewey llamó a su sistema de ordenación «clasificación decimal de Dewey». Sin rodeos. De eso hace más de un siglo. Ya podía estar orgulloso: ordenó metódicamente el conjunto del conocimiento humano. Casi nada. Porque antes era de lo más caprichoso, déjeme que se lo diga. La clasificación por autores se quedaba corta, y resultaba que los libros se ordenaban según su formato o fecha de entrada. Cuando lo pienso, menudo desorden. Por eso estoy contenta de no haber vivido en aquella época. No habría soportado tanta anarquía. Y eso que mi sección de geografía parece una de

esas clases para alumnos problemáticos. Me cue-
lan numismáticas, condecoraciones militares,
genealogías, psicoanálisis, ocultismo... Un au-
téntico cajón de sastre. Esto me enoja bastante.
Prefiero las clases con alumnos que se portan
bien. Mire, por ejemplo, ahí a la derecha está la
historia. Personalmente me gusta esa sección.
Incluso diría que me gusta mucho, pero me han
nombrado responsable de geografía y urbanis-
mo, aquí, a la izquierda. Y permítame que le
diga que entre la geografía y la historia, o sea,
entre las signaturas 910 y 930, hay un auténtico
abismo. Una línea simbólica infranqueable. En
realidad, la historia ocupa todo el espacio. La
clase 900 solo existe para ella. Oh, no tengo
nada en su contra, me gusta mucho, pero de gol-
pe solo me quedan las signaturas 900 y 910, las
pobres, tan poquita cosa... No es mucho, pero
mire cómo se las apaña Dewey incluso con tan
pocos libros. Es tremendo. Signatura 910: Geo-
grafía general. 914: Geografía de Europa. Des-
pués de tres cifras viene un punto, lo que signi-

fica que cuanto más se afina la idea que se quiere expresar, más largo es el índice. ¿Me sigue? Oiga, tampoco hace falta que se acabe mi termo, hágame el favor. Aquí, 914.4: Geografía de Francia. 914.43: Île-de-France. Y sigue... 914.436: Geografía de París. Y podría continuar, nada se resiste a esta clasificación. Es infalible. Resumiendo, una signatura tiene de tres a seis cifras a las que se añaden las tres primeras letras del nombre del autor. *El existencialismo es un humanismo*: 194 SAR. Si es capaz de recordarlo, no habrá pasado la noche aquí en vano. Saber orientarse en una biblioteca es dominar la cultura en su conjunto y, por tanto, el mundo. Y no estoy exagerando. De todos modos, estoy convencida de que Dewey era un megalómano de pies a cabeza. Un maldito maníaco, sin duda. Estoy segura de que era de esa clase de personas que no pueden dormir sin las zapatillas perfectamente alineadas al pie de la cama y sin el fregadero de la cocina impecablemente limpio. Le comprendo: yo soy igual. Un tipo que consagró su vida a

las bibliotecas, toda su vida giraba en torno a los libros, toda. Como era estadounidense, y ya conoce el sentido práctico de esta gente, Dewey fundó una empresa de carpintería para fabricar muebles especiales para bibliotecas, la Library Bureau Company. Disculpe mi inglés. La empresa aún existe. Estas cosas son muy americanas. Venden muebles de calidad. En Beaubourg tienen algunos. Ésta, ya lo ve usted, es una biblioteca muy pobre, todos los muebles son de imitación. Mire que se lo he dicho al director, e incluso al señor alcalde, que los libros no se colocan en cualquier estantería de pino, pero bueno, a ellos les trae sin cuidado. En fin, yo aquí soy un cero a la izquierda. Nadie me hace caso. Me ignoran. Además, si no hubiese hecho ruido al entrar hace un momento, usted habría seguido durmiendo tan tranquilo, ni se habría enterado. Lamento haber interrumpido su sueño, pero no creerá usted que un estadounidense se dedicó desinteresadamente a la ambiciosa tarea de clasificar el conjunto del conocimiento huma-

no. Tampoco hay que ser ingenuo. Cuando ese monomaniaco de Dewey clasifica la literatura, el resultado es un monumento al etnocentrismo: 810, literatura estadounidense; 820, literatura inglesa. Dos divisiones para los angloparlantes. De la 830 a la 880, literaturas europeas: seis divisiones para la vieja Europa. ¿Y qué queda para los otros cientos de lenguas del mundo? Una única división: la 890. ¡Y que nadie se salga de la fila! Así que retocaron la clasificación de Dewey. Les pareció más correcto dejar sitio a los no alineados. No era mala idea. Pero, bueno, se han hecho cambios más tendenciosos. Hace poco han sacado los cómics de la signatura 741.5 porque hipertrofiaban las bellas artes. Les han hecho una sección aparte en la entrada. Yo estaba en contra, no me parecía nada bien, pero bueno, a ellos les da igual. La sección de religión, como andaba de capa caída, se ha unido a la sección de historia, Dewey lo habría entendido. Pero lo que no pude soportar, lo que fue un grave error, fue que desplazasen las lenguas de la clase 400 a la

clase 800. ¿Y qué han puesto en su lugar? ¿Qué han puesto? Nada. Así que ahora resulta que, de momento, la clase 400 está desocupada, vacía. Convendrá conmigo en que es una torpeza. A mí, personalmente, me da vértigo esa signatura vacante. ¿Qué acabará ocupándola? ¿Qué sector de la cultura y del conocimiento humano, que no apreciamos en su justo valor, acabará por tomar posesión de ella? Prefiero no pensar en esa signatura vacía, me da miedo. Igual que bañarse en alta mar. Ya me pasó una vez, en la época en que todavía me iba de vacaciones. Hace más de quince años. Ahora ya no voy, ni de vacaciones ni de fin de semana, ya no soporto las distracciones. No hay distracciones en la vida: o te achicas o te creces, punto. Y, a partir de cierto momento en la vida, debes elegir a qué dedicas tu tiempo. En fin, entonces era más joven. Me llevaron a un barco, me subieron a bordo y, cuando me di cuenta, todo el mundo en bañador y, ¡zas!, al agua. Me tiré por no llamar la atención quedándome en cubierta, pero no estaba a gusto, ya no

se veía la costa. Y, de repente, al pensar en la profundidad del agua bajo mis pies, me invadió la angustia. Brrr, casi me ahogo, me pongo a temblar solo de pensarlo. Vacaciones, ¡qué horror! Deme un poco de mi café, me ayudará a reponerme. Esa idea de dejar una signatura vacía es una soberana estupidez. Me disgusta una barbaridad, una barbaridad. Tendrían que haber dejado a Dewey tranquilo, porque ahora ya no se habla de «clasificación Dewey», sino de «clasificación universal». Existe una gran controversia al respecto. Algunos de mis colegas se pasan la vida afinando matices de ordenación, clasificando, poniendo signaturas, desclasificando, quitando signaturas. Y todo para conservar el orden, la clasificación, la jerarquía y la pulcritud. No crea que me quejo de cualquier cosa. Me gusta mi oficio. Vale, lo confieso, cuando empecé a estudiar no pensaba acabar siendo bibliotecaria. Quería ser profesora, pero no aprobé las oposiciones. Y ahora, aquí estoy, obrera especializada, colocadora de libros, una oficiala, bip-bip... No